

Marxismo y postmodernismo: ¿un problema de lenguaje?

David Sánchez Usanos¹

Resumen: En las siguientes líneas enunciaremos algunas de las aportaciones a nuestro juicio más relevantes tanto del pensamiento postmoderno como de la teoría marxista. Nos centraremos sobre todo en la propuesta de Fredric Jameson. Además, sugeriremos que uno de los principales desafíos que deben afrontar tanto el postmodernismo como el marxismo tiene que ver con el lenguaje que emplean, pues a menudo su vigencia, allí donde la tienen, queda oscurecida por un léxico que puede resultar anacrónico.

Palabras clave: Postmodernismo, postmodernidad, Fredric Jameson, globalización, sentido histórico.

Abstract: In this paper I will present some relevant contributions of postmodern thought and Marxist theory. I will deal mainly with Fredric Jameson's approach. In addition to that, I will suggest that some of the biggest challenges for both Postmodernism and Marxism have to do with issues concerning language because sometimes their validity is under question just because an anachronistic lexicon.

Keywords: Postmodernism, postmodernity, Fredric Jameson, globalization, historical sense.

Me gustaría comenzar señalando lo que para mí constituye casi un truismo: si hablamos de marxismo y postmodernismo, o de marxismo y postmodernidad, la figura inevitable es Fredric Jameson², en cuya obra me apoyaré en diversos momentos. Coincido con él en que la postmodernidad sigue siendo un nombre adecuado para nuestro presente y que el marxismo constituye un horizonte de lectura que nos sigue aportando herramientas conceptuales utilísimas para el análisis y para la crítica.

Creo que hoy el día el postmodernismo ha pasado a ser, para el lenguaje cotidiano, una etiqueta asociada al final de los años ochenta, a frivolidad, *laissez faire* e irreverencia. Y, de un modo reflejo, “marxista” se interpreta demasiado a menudo como sinónimo de “dogmático”, “defensor de las dictaduras” o “extemporáneo”. No se trata aquí de vindicar la supuesta dignidad de las palabras o de confesarse “marxista”, “postmoderno” o “jamesoniano”, sino de subrayar ciertos aspectos relacionados con el marxismo y la postmodernidad atendiendo a su posible vigencia para tratar de pensar nuestro momento histórico.

¹ Universidad Autónoma de Madrid.

² Remito al lector interesado a F. Jameson y D. Sánchez Usanos (2010). *Reflexiones sobre la postmodernidad Una conversación de David Sánchez Usanos con Fredric Jameson*. Madrid: Abada editores; y a F. Jameson (2012). *El postmodernismo revisado*. Madrid: Abada editores.

LAS SIETE VIDAS DE LO POSTMODERNO

Como casi todo lo que merece la pena, el término «postmodernismo» tiene un origen literario. La etiqueta pretendía responder a una tendencia literaria surgida a propósito de las innovaciones poéticas de Rubén Darío. Al menos así figura en un manual de literatura de los años treinta, la Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana de Federico de Onís, que Perry Anderson menciona en el que quizá sea el mejor libro para introducirse en la cuestión de la postmodernidad: Los orígenes de la postmodernidad. Pero su difusión en el ámbito angloamericano fue posterior y alude al agotamiento de los recursos formales del *modernism*. Un movimiento que no equivale al “modernismo” del ámbito hispanohablante, sino que está más próximo a las vanguardias artísticas y que, por lo que respecta a la literatura, tiene en James Joyce, Virginia Woolf o T. S. Eliot tres de sus referentes. Algunos de sus rasgos más característicos son el colapso estilístico, una pronunciada autoconsciencia y cierta sobrecarga irónico-paródica. Esta noción de lo postmoderno apareció en dos textos de los años sesenta: *El desmembramiento de Orfeo*, de Ihab Hassan³ y *La literatura del agotamiento*⁴, de John Barth.

Pero no fue hasta la siguiente década cuando el término traspasó las fronteras de la teoría literaria y su uso se generalizó en el debate intelectual. A ello contribuyó en gran medida el libro *La condición postmoderna*⁵, de Jean-François Lyotard. El autor era una figura intelectual de amplio reconocimiento en el mundo académico y, además, dio con el lema perfecto para tratar de explicar el desfondamiento contemporáneo: la muerte o el fin de los grandes relatos. La postmodernidad señalaba el descrédito de los relatos legitimadores de la tradición occidental: los mitos del progreso, el cristianismo o la Ilustración habían perdido su fuerza vinculante y, por tanto, su eficacia simbólica y cohesiva respecto al cuerpo social.

En 1984, cinco años después de la publicación del libro de Lyotard, se produjo la consagración definitiva de la postmodernidad y el postmodernismo como los nuevos nombres que distinguían aquel fin de siglo. Fredric Jameson publicó un artículo en el que enlazaba cultura y capitalismo haciéndose eco de las últimas tendencias literarias, pero incluyendo también aspectos relativos a la arquitectura, la planificación urbana y la cultura pop: *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*⁶.

³ Véase The Dismemberment of Orpheus. *American Scholar*, XXIII, 1963. Y, sobre todo, el libro posteriormente editado con el mismo nombre: *The dismemberment of Orpheus; toward a postmodern literatura*. Nueva York: Oxford University Press, 1971.

⁴ J. Barth, J. (1967). The Literature of Exhaustion. *The Atlantic Monthly*, 2, vol. 220, pp. 29-34, también puede consultarse la versión que apareció en la compilación que realizó el propio J. Barth (1984). *The Friday Book. Essays and Other Nonfiction*. Nueva York: The John Hopkins University Press, pp. 62-76.

⁵ *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*. París: Les Éditions de Minuit, 1979. Traducción: *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, Madrid, 1984. Existe otra obra de título muy parecido al libro de Lyotard, quizá más útil para quien quiera obtener una visión –y una bibliografía– más general sobre la cuestión. Nos referimos a D. Harvey (1989). *The condition of postmodernity: an enquiry into the origins of cultural change*. Massachusetts: Blackwell, Oxford y Cambridge. Traducción: *La condición de la postmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.

⁶ Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism. *New Left Review*, I/146, julio-agosto de 1984, pp. 52-92. La traducción castellana es de J. L. Pardo (1991). *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo*

Por lo que se refiere a Europa, habría que mencionar también la influencia de una noción algo laxa pero que sin duda hizo fortuna en aquellos años: el «pensamiento débil» de Gianni Vattimo.⁷ En cualquier caso, coincidimos con Félix Duque⁸ cuando señala que los tres autores más importantes en relación con la postmodernidad son Jean-François Lyotard, Fredric Jameson y Jean Baudrillard (curiosamente éste último apenas empleó en sus escritos “postmodernidad” o “postmodernismo”, pero quizá sea su mejor representante).

En nuestra opinión, todo aquello no fue –o no solo fue– una moda intelectual más, sino que hay algunos elementos que nos siguen resultando muy sugerentes para tratar de decodificar la confusa situación en la que nos encontramos. ¿A qué apunta o qué nos ha enseñado la postmodernidad?⁹

1. El modo de producción capitalista se ha implantado a escala planetaria. Tanto es así que la propia expresión «modo de producción capitalista» resulta redundante. En efecto, su grado de desarrollo hace que la palabra “capitalismo” cumpla una función análoga al éter de los antiguos, que se le pueda aplicar, en fin, aquella vieja fórmula teológico-cosmológica según la cual el Universo –o Dios– es una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna.
2. En cierto sentido no hay nada exterior al capitalismo. El arte, la cultura o la política ya no gozan de autonomía respecto a los procesos económicos y financieros. Esto no quiere decir que toda actividad reproduzca de una manera automática lo que acontece en la economía, ni que lo económico o lo financiero sean el origen o la causa de cualquier fenómeno. Pero a propósito del arte y la cultura, por ejemplo, sí que podemos identificar determinados estilos o patrones de composición¹⁰ que en un momento determinado parecen hegemónicos y vincularlos con la circunstancia económico-social que les resulta contemporánea. Vistas así las cosas, el arte jugaría un interesante aunque ambivalente papel: por una parte serviría como material a partir del cual llevar a cabo una especie de “diagnóstico social” y, por otra, supondría un intento quizá no de combatir el orden establecido pero sí de representarlo.¹¹

avanzado. Barcelona: Paidós, Barcelona. Posteriormente el propio Jameson ampliaría su texto y le daría forma de libro: *Postmodernism or, the cultural logic of late capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991. Traducción: *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta, 1996.

⁷ Véase su recopilación de G. Vattimo y P. A. Rovatti (eds.) (1983). *Il pensiero debole*. Milán: Feltrinelli. Traducción: *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra, 1988; posteriormente Vattimo ha vuelto a ocuparse (y a revisar) la cuestión de la modernidad-postmodernidad en numerosas ocasiones. Valga como ejemplo *La fine della modernità*. Turín: Garzanti Libri, 1985. Traducción: *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1986.

⁸ *Postmodernidad y Apocalipsis. Entre la promiscuidad y la transgresión*. Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones, 1999.

⁹ Como he apuntado desde el comienzo, considero a Fredric Jameson un pensador especialmente inspirador y muchos de estos aspectos se encuentran en diversos momentos de su obra. Además de los ya mencionados, me parecen muy recomendable la recopilación de artículos *The ideologies of theory* (Verso, Londres y Nueva York, 2008) y la de entrevistas *Jameson on Jameson: conversations on cultural Marxism* (Durham, Duke University Press, 2007).

¹⁰ En su texto clásico sobre el postmodernismo, y en otros momentos, Jameson habla de «pauta cultural».

¹¹ Un intento reciente y deliberado de esto es *Capital: A novel* (Londres: W. W. Norton & Company, 2012), de J. Lanchester. Hay traducción castellana: *Capital* (Barcelona: Anagrama, 2013).

3. Las nuevas tecnologías de la comunicación y la falta de regulación en determinados aspectos estratégicos han terminado por convertir en irrelevante el concepto de Estado-nación o el de empresa. Las fronteras nacionales o continentales no constituyen una herramienta fidedigna que sirva para reflejar, ni desde luego explicar, los juegos de poder y flujos de capital que se producen en nuestros días.
4. La ausencia de referentes sólidos en el ámbito intelectual, artístico, cultural o político no ha conducido a la desaparición de esas categorías sino que ha intensificado los ritmos y acortado los ciclos de producción dentro de ellas. Lo que sí ha sucedido es que se han desdibujado las fronteras entre disciplinas y los lenguajes han perdido especificidad, fruto de lo cual el pastiche y el collage se han convertido en recursos discursivos y textuales predominantes.
5. Se ha debilitado el “sentido histórico”. Con esto nos referimos no solo a la experiencia lineal e irreversible del tiempo, sino sobre todos a la percepción de que determinados elementos de la vida de los hombres son fruto de su propia acción (y, por tanto, susceptibles de ser transformados). Nuestra capacidad de representación, y también nuestra imaginación, se encuentran en una situación de atrofia que nos impide tanto pensar adecuadamente nuestro propio tiempo como intentar imaginar futuros alternativos a una mera prolongación del *statu quo*. El individuo postmoderno habita una especie de presente perpetuo en el que reina el fatalismo.

LA LOSA DEL MARXISMO

Pero si “postmodernidad” y “postmodernismo” se han banalizado hasta el punto de conservar únicamente su sentido disipado y bufonesco, ¿qué decir del marxismo? Quizá se abuse de aquella frase de Marx en la que decía no ser marxista («*tout ce que je sais, c'est que je ne suis pas marxiste*»), pero, a la luz de un corpus tan abigarrado como el que se ha construido en torno al autor de *El Capital*, lo cierto es que resulta difícil saber en qué consiste ser marxista.

Desde luego nos parece muy fecunda la lectura de Marx y consideramos que, además de análisis llenos de lucidez, nos suministra cierto paradigma interpretativo que consideramos muy seductor. La tarea del intelectual debería pasar por intentar comprender los problemas de su tiempo. Ello exige una sintaxis, una gramática, un código dentro del cual plantearlos y, en su caso, redefinirlos. Pensamos que el marxismo, así entendido, bien puede seguir siendo la herramienta de lectura de la postmodernidad.

Algo parecido proponía Fredric Jameson en su celebrado *El inconsciente político*:

«Este libro abogará por la prioridad de la interpretación política de textos literarios. Ello concibe la perspectiva política no como un método suplementario, ni como una opción auxiliar respecto a otros métodos interpretativos hoy vigentes —el psicoanalítico, la mito-crítica, el estilístico, el ético, el

estructural— sino como el horizonte absoluto de toda lectura y de toda interpretación». ¹²

Pero, como sugeríamos más arriba, hoy en día “marxismo” lleva aparejadas no pocas connotaciones negativas. Así, no resulta extraño que se le asocie con el estalinismo, la intransigencia y cierta militarización del discurso y de la política. Incluso si nos ceñimos a lo puramente intelectual, libresco o académico, para muchos el marxismo fue durante un par de generaciones el lenguaje de la facultad, la jerga que había que dominar para ser aceptado y prosperar en la universidad. Y también es justo señalar que el marxismo propició, o quizá propicia, cierto tipo de lector, un punto fanático, aferrado a la literalidad y celoso practicante de la criptografía. Como tantas veces, quizá sería conveniente rescatar al marxismo —o a Marx— de su propia ortodoxia. ¹³ Por lo pronto, nos conformamos con subrayar algunos momentos de su literatura que nos parecen agudos, pertinentes o simplemente sugestivos respecto a lo que hoy acontece.

Creemos que incluso asuntos tan explotados en el pasado como el concepto de ideología y su crítica o la noción de alienación o extrañamiento (*Entfremdung*) aún resultan aprovechables, pero nos centraremos, casi de un modo superficial, en algunos de los textos y aspectos más conocidos de Marx.

En primer lugar, nos sigue pareciendo muy fecunda la estrategia de interpretación marxista consistente en buscar el sustrato o correlato material de relaciones y productos que, en apariencia, son puramente ideales o abstractos. Si bien no estamos de acuerdo con Marx y muchos marxistas al denominar a esta orientación o estilo de lectura “método” —y menos aún en llamar ciencia al marxismo—, consideramos que no se ha de perder de vista lo material y concreto a la hora de evaluar los productos del espíritu:

«Mi método dialéctico es por su fundamento no solo diferente del hegeliano, sino su contrario directo. Para Hegel el proceso del pensamiento, al que bajo el nombre de Idea transforma incluso en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real, lo cual constituye solo su manifestación exterior. En mi caso, a la inversa, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre». ¹⁴

La influencia de lo material, de las relaciones de producción, que se deja sentir en “la cabeza del hombre” no se circunscribe a que lo aparentemente ideal tenga en realidad un origen —y tal vez una explicación— en lo efectivamente material, sino que ese poder llega hasta lo que escapa a la conciencia: nuestra propia

¹² F. Jameson, F. (1981). *The political unconscious. Narrative as socially symbolic act*. Ithaca: Cornell University Press, p. 17. Hay traducción castellana: *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Antonio Machado, 1989.

¹³ Posiblemente Z. Slavoj esté cumpliendo ese papel, con su marxismo-pop, lacaniano y jocoso.

¹⁴ Marx, K. (2012). Epílogo a la segunda edición de *El Capital*, en *Escritos sobre materialismo histórico*. Madrid: Alianza. Selección, introducción y notas de C. Rendueles, pp. 189-193, p. 192). La traducción de esta cita es de M. Sacristán.

percepción, los límites de nuestro pensamiento y nuestra imaginación, nuestra sensibilidad. Nuestros sentidos no son enteramente naturales, sino que se han visto transformados a lo largo de la historia. Esto significa, entre otras cosas, que podrían ser educados.

Solo a través de la riqueza objetivamente desarrollada del ser humano es, en parte cultivada, en parte creada, la riqueza de la sensibilidad *humana* subjetiva, un oído musical, un ojo para la belleza de la forma. En resumen, solo así se cultivan o se crean *sentidos* capaces de goces humanos, sentidos que se afirman como fuerzas esenciales *humanas*. Pues no solo los cinco sentidos, sino también los llamados sentidos espirituales, los sentidos prácticos (voluntad, amor, etc.), en una palabra, el sentido *humano*, la humanidad de los sentidos, se constituyen únicamente mediante la existencia de *su* objeto, mediante la naturaleza *humanizada*. La formación de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia universal hasta nuestros días. *El sentido* que es presa de la grosera necesidad práctica tiene solo un sentido *limitado*.¹⁵

En estas líneas no se esconde únicamente un propósito pedagógico-revolucionario respecto a la sensibilidad humana, la posibilidad de educarla y transformarla (proyecto crucial para las vanguardias artísticas), sino también un interés puramente epistemológico. En efecto, a través del estudio de las relaciones de producción, de la industria y del capital, tendríamos acceso a una parte de la psicología del hombre que, de otro modo, nos resultaría vedada. «Se ve cómo la historia de la industria y la existencia, que se ha hecho *objetiva*, de la industria, son el *libro abierto* de las *fuerzas humanas esenciales*, la *psicología* humana abierta a los sentidos».¹⁶ Al fin y al cabo, el modo de producción capitalista no deja de ser obra del hombre y, por tanto, un escenario sobresaliente donde contemplar y juzgar su capacidad generativa:

«En la *industria material ordinaria* [...] tenemos ante nosotros, bajo la forma de *objetos sensibles, extraños y útiles*, bajo la forma de la enajenación, las *fuerzas esenciales objetivadas* del hombre. Una *psicología* para la que permanece cerrado este libro, es decir, justamente la parte más sensiblemente actual y accesible de la Historia, no puede convertirse en una ciencia *real* con verdadero contenido».¹⁷

Lo que cabría plantearse es si, en su actual estado de desarrollo, el capitalismo es susceptible de ser comprendido. Quizá éste sea uno de los puntos donde más claramente puede notarse que Marx era “moderno” y que el nuestro es un mundo “postmoderno”. Otra cosa es que las descripciones que el propio Marx nos ofreció a propósito del capital y las leyes que rigen su funcionamiento se adecuen mejor a lo que sucede en el siglo XXI que a su propio tiempo.¹⁸ Así sucede con la

¹⁵ K. Marx (2007). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, Madrid (1ª ed.: 1968) (Traducción de F. Rubio Llorente). La cita proviene de “Propiedad privada y comunismo” en «Tercer manuscrito» en *Manuscritos de economía y filosofía*, ed. cit., pp. 130-206, p. 146. Nótese la influencia de Schiller (1793/1794). *Über die ästhetische Erziehung des Menschen*. Traducción al castellano: *Cartas sobre la educación estética del hombre*, Madrid, 1965 y en edición bilingüe, junto con *Kallias*, en Barcelona, Madrid, 1990].

¹⁶ K. Marx, K., *Ibid.*, p. 147.

¹⁷ K. Marx, K., *Ibid.*, pp. 147-148.

¹⁸ F. Jameson, *Postmodernism, or the logical culture of late capitalism*. Ed. cit., p. 36.

caracterización de la modernidad como el tiempo de la burguesía, una época que se distingue por la desaparición de todas las antiguas barreras, en la que el dinero emerge como patrón universal de medida: «La burguesía ha despojado de su aureola todas las profesiones que hasta hoy eran venerables y contempladas con piadoso respeto. Ha convertido en asalariados suyos al médico, al jurista, al poeta, al hombre de ciencia».¹⁹

En realidad, si la postmodernidad tiene que ver con la intensificación de los procesos de modernidad y modernización, con una mayor autoconciencia y con lo que Weber denominó «desencantamiento [*Entzauberung*] del mundo», el *Manifiesto comunista* la describe con una inquietante precisión. Lo que aparece ante nuestros ojos al leer ciertos párrafos no es el lejano siglo XIX, sino nuestro propio momento histórico, aquél en el que se ha consolidado un verdadero mercado mundial, donde las fronteras nacionales han perdido su relevancia y la creación de nuevas necesidades de consumo es una maniobra habitual:

La necesidad de dar salida cada vez más amplia a sus productos empuja a la burguesía a moverse por el globo entero. En todas partes tiene que anidar, en todas partes ampliarse, en todas partes, crear conexiones.

La burguesía, con su explotación del mercado mundial, ha configurado la producción y el consumo de todos los países a escala cosmopolita. Con gran pesar de los reaccionarios, ha sustraído a la industria el suelo nacional bajo sus pies. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y lo siguen siendo a diario. Quedan desplazadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas del lugar, sino que las elaboran procedentes de las zonas más alejadas, y sus productos no se consumen ya solo en el propio país, sino simultáneamente en todos los continentes. En lugar de las viejas necesidades, satisfechas con productos del campo, aparecen otras nuevas que requieren ser satisfechas con productos de los países y climas más lejanos. En lugar de la antigua autarquía y aislamiento locales, surge un intercambio universal, una interdependencia universal entre todas las naciones.²⁰

En este punto conviene recordar que, en principio, las descripciones de Marx pretenden ser “científicas” y que, lejos de hablar negativamente de la burguesía, alaba su pujanza, su carácter revolucionario y la energía que imprime a la historia. En el *Manifiesto*, y en otros lugares, se habla de la burguesía como clase social que se opone tanto a la antigua nobleza-aristocracia como al proletariado. Éste es un aspecto decisivo, pues, en nuestra opinión, la noción de “clase social” se ha convertido en un arcaísmo en la postmodernidad.

La dinámica de la historia descrita por Marx como una epopeya de liberación y transgresión protagonizada por la burguesía hoy la leemos como un retrato anónimo de nuestro mundo: no es la época de la burguesía la que posee esos rasgos, es nuestra propia época; no hay un tipo de hombre, el burgués, que se rija por

¹⁹ K. Marx, “Burgueses y proletarios”. Capítulo I del *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Escritos sobre materialismo histórico*. Ed. cit., pp.105-120, p. 108. Traducción de P. Ribas.

²⁰ *Ibid.*, pp. 109-110.

parámetros distintos a los de otros estamentos, hoy “burgués” equivale a “individuo”. De modo análogo a como veíamos más arriba que el modo de producción capitalista, con su tendencia al monopolio, a la expansión y a acabar con cualquier alternativa de producción se ha convertido en el único modo de producción, así sucede también con la burguesía: que ya no se opone a nada y, por tanto, no funciona como “clase social”. Nadie se siente hoy verdaderamente “proletario” (ni explotado, por otra parte). De hecho, lo crucial es que hoy en día nadie se siente parte de ningún colectivo único y estable que le defina. Hemos sido seducidos por la mitología del individualismo y la libertad radical: cada uno de nosotros se interpreta a sí mismo como un ser proteico e indefinible, un punto de intersección entre vivencias y fuerzas de carácter lírico e inasible. Uno de los aspectos más llamativos del individuo postmoderno es esa hostilidad a ser concebido como parte de un grupo, como un representante de algo que no sean sus propios e irreductibles deseos e inquietudes. Y en esto juega un papel determinante el propio léxico de las disciplinas sociales, incluido el marxismo.

UNA LENGUA OXIDADA

El título que encabeza estas líneas habla de un problema de lenguaje a propósito del marxismo y del postmodernismo. Las palabras no son ajenas a su historia ni a su propio desgaste. Hemos hecho hincapié en algunos aspectos relativos al pensamiento de Fredric Jameson que nos parecen fructíferos para una tarea que consideramos central para la filosofía y, en general, para todo aquel que se dedique a la teoría: pensar el presente, intentar someterlo a concepto o, sencillamente, ponerle nombre. En este punto estamos de acuerdo con Jameson en que “postmodernidad” equivale a “globalización”, se refieren a lo mismo. Nuestro autor insiste en conservar el nombre de “postmodernidad” porque, aunque “globalización” ilustra muy bien el carácter espacial y a-histórico del actual capitalismo financiero, “postmodernidad” nos empuja a extender el diagnóstico no solo a factores económicos sino a todos los aspectos de la vida.²¹

Pero si lo interesante, como decimos, es mantener la tensión que nos permita escrutar el presente, si lo esencial es realizar un análisis preciso encaminado a la crítica y quizá a la intervención, entonces el lenguaje debería ser una herramienta para ese propósito y no un ídolo ante el que postrarse a perpetuidad. En este sentido, consideramos que habría que plantearse la posibilidad de renunciar a determinado vocabulario, pues quizá para gran parte de la gente la postmodernidad y lo postmoderno son términos que han quedado asociados a actitudes intelectuales o estéticas veleidosas y, además, obsoletas.

Y pensamos que algo parecido sucede con el marxismo. En nuestros días

²¹ Véase F. Jameson (2011). La vindicación del intelectual. *Minerva*, 16, Círculo de Bellas Artes de Madrid, pp. 16-20 y el citado *El postmodernismo revisado*. En general, Jameson reserva el nombre de «postmodernidad» para referirse al período histórico en el que nos encontramos y «postmodernismo» para el estilo o pauta cultural dominante. Esto último quizá tenía más sentido en el momento de la publicación de su artículo de 1984, pero en estos momentos resulta mucho más problemático hablar de un estilo hegemónico, con independencia de que «postmodernidad» siga siendo una etiqueta convincente para nuestra época.

resulta evidente la necesidad, la urgencia incluso, de adquirir algo equivalente a «conciencia de clase», un sentimiento de pertenencia o una identidad colectiva que permita una mínima organización para intentar transformar las incontables situaciones de injusticia y explotación presentes por doquier. Pero posiblemente esa tarea requiera abandonar buena parte de la terminología marxista, tan devaluada por la luctuosa historia del siglo XX y por la pesadez de ciertos glosadores. En nuestra opinión, uno de los principales problemas a los que debe enfrentarse el sindicalismo y la movilización política del siglo XXI es precisamente esta renovación lingüística que posibilite reconquistar el favor de la gente, dar con un lenguaje que no sacrifique la precisión pero que no suene a rancio argot. No se trata de abandonar los valiosos hallazgos que el marxismo y el postmodernismo nos han legado, sino de forjar con ellos un estilete para los nuevos tiempos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, P. (1998). *The Origins of Postmodernity*. Londres y Nueva York: Verso. Traducción: *Los orígenes de la postmodernidad*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Barth, J. (1967). The Literature of Exhaustion. *The Atlantic Monthly*, 2, vol. 220, pp. 29-34 [*The Friday Book. Essays and Other Nonfiction*. Nueva York: The John Hopkins University Press, 1984, pp. 62-76].
- Duque, F. (1999). *Postmodernidad y Apocalipsis. Entre la promiscuidad y la transgresión*. Universidad Nacional de General San Martín, Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones.
- Harvey, D. (1989). *The condition of postmodernity: an enquiry into the origins of cultural change*. Massachusetts: Blackwell, Oxford y Cambridge. Traducción: *La condición de la postmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Hassan, I. H. (2012). *El postmodernismo revisado*. Madrid: Abada editores.
- (2011). Fredric Jameson: la vindicación del intelectual. *Minerva*, 16. Círculo de Bellas Artes de Madrid, pp. 16-20.
- (2008). *The ideologies of theory*. Londres y Nueva York: Verso.
- (2007). *Jameson on Jameson: conversations on cultural Marxism*. Durham: Duke University Press.
- (1991). *Postmodernism or, the cultural logic of late capitalism*. Durham: Duke University Press. Traducción: *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta, 1998.
- (1981). *The political unconscious. Narrative as socially symbolic act*. Ithaca: Cornell University Press. Traducción: *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Antonio Machado, 1989.
- (1971). *The dismemberment of Orpheus; toward a postmodern literature*. Nueva York: Oxford University Press.
- (1963). The Dismemberment of Orpheus. *American Scholar*, XXIII.
- Jameson, F. (1984). Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism. *New Left Review* I/146, julio-agosto de 1984, pp. 52-92. Traducción: *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós, 1991.
- Jameson, F. y Sánchez Usanos, D. (2010). *Reflexiones sobre la postmodernidad Una con-*

- versación de David Sánchez Usanos con Fredric Jameson. Madrid: Abada editores.
- Lanchester, J. (2012). *Capital: a novel*. Londres: W. W. Norton & Company. Traducción: *Capital*. Barcelona: Anagrama, 2013.
- Liotard, J. F. (1979). *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*. París: Les Éditions de Minuit. Traducción: *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, 1984.
- Marx, K (2012). *Escritos sobre materialismo histórico*. Madrid: Alianza Editorial. Selección, introducción y notas de C. Rendueles.
- (1968/2007). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Vattimo, G. y Garzanti Libri, T. (1985/1986). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Vattimo, G. y Rovatti, P. A. (eds.) (1988). *Il pensiero debole*. Milán: Feltrinelli. Traducción: *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra, 1988.